**¡Esta gata!...**

Antes, las cosas eran más fáciles para los abuelos… Unos vivían en la misma casa que sus nietos. Otros, muy próximos. Pero por sobre todo, para comunicarse con ellos, no tenían competencia. Los escuchábamos con atención contar sus cuentos, sus historias y aún sus experiencias personales tan interesantes y que frecuentemente tenían detalles que, aún a nuestra corta edad, nos parecían irreales… salvo que aceptáramos que ellos deberían tener algún tipo de superpoder…

Hoy la competencia que tienen para mantener la atención de sus nietos, ha logrado ganarles por varios cuerpos, como dicen los “burreros”… Imposible superar el interés que les despiertan los competidores, llámense tablet, celular o computadora… Esos sí que inventan historias fantásticas, descabelladas, y hasta a veces, ridículamente tontas… Pero, ¿cómo competir con una pantalla que puede mostrar imágenes bellísimas, mientras que el abuelo solo puede mostrarles su cara, siempre la misma, cada vez más arrugada?.

Actualmente los abuelos viven separados de sus hijos, y por ende de sus nietos… ¡Benditos sean los días que la familia decide reunirse alrededor de una mesa para compartir un almuerzo!... Lo que antes era “el pan de cada día” ahora es una situación casi excepcional…

Y las situaciones excepcionales deben aprovecharse como oportunidades. Habitualmente los nietos no se quedan de sobremesa: los competidores los llaman insistentemente y por tanto tratan de levantarse de la mesa lo antes posible… La solución podría ser inventar algo antes de los postres, cuando todavía están allí…

Un día estábamos los seis almorzando, sentados alrededor de la mesa del comedor de mi hija: mi yerno en una cabecera, yo en la otra y en los costados de la mesa, mis dos nietos, uno a cada lado mío, y más allá mi hijo y mi hija, frente a frente. La mesa estaba cubierta por un mantel floreado, que desbordando los costados de la mesa, caía justo sobre las rodillas de los comensales.

Los nietos estaban hablando de un personaje de un jueguito que ellos tienen en la tablet, que hace actividades mágicas. ¡Esa era la oportunidad!... Les interrumpí la conversación tan animada que tenían y les dije que cuando yo era niño, conocí a un mago del que me hice amigo. Tan amigo que hasta me había enseñado a hacer magia… Y me había regalado un poquito de unos polvos mágicos imprescindibles para que pudiera lograr el buen fin de los actos mágicos.

Sobre los polvos mágicos, mi amigo me había dicho que los guardara en el bolsillo de mi camisa. Y lo maravilloso de ese regalo era que, debido a sus poderes mágicos, su regalo permanecería allí en el bolsillo de mi camisa por el resto de mi vida, aunque la lavara… Y más aún, aunque me pusiera cualquier otra camisa…

Seguro que, desde entonces había pasado tanto tiempo, que yo no sabía si ese encanto que había hecho el mago amigo en mis camisas, seguiría estando activo… Pero que si querían, lo podríamos intentar.

Los niños se miraron incrédulos, intercambiaron entre ellos una sonrisa cómplice, y me contestaron que lo intentara…

– Bueno – les dije – vamos a hacer desaparecer una moneda… Para ello necesitaremos la moneda, un vaso (usaré el mío) y una hoja de papel grande para taparlo.

En un instante, el menor de ellos volvió con el papel y la moneda…

– La moneda la pondremos aquí cerca del borde de la mesa, frente a mí – les expliqué – La taparemos con mi vaso colocado invertido, y el vaso lo cubriremos con el papel, al que apretaremos bien… así… para que tome la forma del vaso.

 – Ahora me doy cuenta que no recuerdo bien como era la secuencia de las cosas que tengo que hacer… Pero no importa… Lo iremos probando… ¡Ah!, ya sé… tengo que ponerle los polvos mágicos…

Hurgué en el bolsillo de la camisa y como polvo mágico, logré encontrar algunas felpillas de la tela y las puse encima del papel que cubría el vaso. Con la mano derecha apreté el papel para levantarlo conjuntamente con el vaso y retirarlo hacia mí, dejando ver el lugar en que había puesto la moneda… Mi mano izquierda siempre la tenía apoyada en mi falda.

Puse la mejor cara de desconcierto que pude encontrar, al comprobar que la moneda estaba allí… – Algo salió mal – dije – y ya sé lo que fue: no dije la palabra mágica…

Repetí el intento, pero ahora, en el momento previo a levantar el vaso, con mucho énfasis, dije: – ¡Abracadabra!. – Y vuelta a levantar el vaso envuelto en el papel… la moneda seguía allí…

– ¡Ah, qué tontería!, olvidé que antes de levantar el vaso, hay que darle un golpe… Repetí el procedimiento, dándole un fuerte cachetazo sobre el fondo del vaso, antes de levantarlo…

La moneda seguía allí…

– Perdonen mi mala memoria, pero el golpe no lo debía dar yo. Lo intentaremos de nuevo, pero tú serás el que dará el golpe – dije dirigiéndome al más chico. Mi nieto estuvo de acuerdo, así que repetimos el procedimiento. En el momento correspondiente al golpe, recomendé al niño que golpeara fuerte como lo había hecho yo previamente…

Cuando golpeó, algo extraño ocurrió: el papel que cubría el vaso se aplastó como si el vaso no existiera…

Los nietos, espacialmente el que estaba interviniendo, miraron con ojos muy dilatados el papel que se había aplastado… Mientras tanto yo imitaba la expresión de sus caras… Al levantar el papel, efectivamente no existía el vaso… y ni siquiera los trozos del mismo, que podría haberse roto…

Lo que sí estaba era la moneda, que supuestamente debería haber desaparecido...

– Bueno – les dije – sin duda algo hicimos mal… Esto de la magia es algo muy delicado… Y más que yo hace tantos años que no practico y me olvidé del procedimiento correcto… Menos mal que desapareció el vaso… y no uno de ustedes…

Los niños, en su asombro, buscaron el vaso por el piso, por si se hubiera caído… y hasta miraron sobre mi falda… Pero el vaso no fue encontrado por ninguna parte...

Luego de esa búsqueda infructuosa, le pedí a mi hija que me trajera otro vaso, antes de servir los postres, porque quería tomar otro poco de jugo de naranja…

Había pasado como media hora y el vaso seguía desaparecido... Los niños, ocupados en saborear los postres, ya lo habían dejado de buscar, y yo sabía que en breve tendrían el llamado de la competencia y se irían...

Pero antes de que eso sucediera, intempestivamente apareció la otra integrante de la familia: una gata atrevida y confianzuda que vino directamente a meterse debajo de la mesa. Luego de un momento de estar allí, decidió saltar sobre mi falda. La sorpresa que me originó sentir aquel contacto inoportuno, me hizo separar las rodillas… El vaso que, por debajo del mantel, estaba sostenido entre ellas, cayó al piso…

– ¡Esta gata! – exclamé…

Los niños se rieron al ver la solución del misterio de la desaparición del vaso… Y se fueron, obedeciendo al llamado de la tecnología…

Seudónimo: Mario.